

El Espíritu Santo Nos Habla De Dios Para El Hombre

Martín Lutero

Sermón para el lunes de Pentecostés

Fecha: 25 de mayo de 1534

Texto: Juan 3:16. *Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.*

La buena nueva del amor de Dios al mundo pecador.

Ésta es sin duda una de las más sublimes perícopes evangélicas del Nuevo Testamento. Si fuera posible, tendríamos que grabárnosla en el corazón con letras doradas, y todo cristiano tendría que familiarizarse con estas palabras y recitarlas en su mente por lo menos una vez cada día, para saberlas bien de memoria. Pues allí se oyen palabras que si se las cree firmemente, confieren al triste alegría y al muerto vida. No podemos comprenderlas todas, no obstante queremos confesarlas con la boca y rogar que el Espíritu las transfigure en nuestro corazón y las haga tan luminosas y ardientes que penetren hasta lo más profundo de nuestro ser. Es en verdad un Evangelio de gran riqueza, lleno de consuelo. "Dios amó al mundo", y lo amó de tal manera "que ha dado a su Hijo unigénito, para que todos aquellos que en él creen, no perezcan, mas tengan vida eterna". Lo que esto significa, lo ilustraré con un cuadro en que vemos por un lado al dador, por el otro al recibidor, y además, el regalo y el fruto y provecho del regalo, y todo esto en una dimensión indeciblemente grande.

1. Dios el Creador mismo es el que da al mundo el gran regalo.

El más grande es el dador. El texto no dice: "El emperador ha dado" sino "Dios ha dado", Dios, el insondable, el Creador de cuanto existe. Mas ¿qué quiere decir esto? Las palabras humanas son demasiado pobres para explicarlo en su pleno alcance. Dios está por encima de todo. Todas las cosas creadas son ante él como un granito de arena ante los cielos y la tierra. Con razón se habla de él como del "que da buenas cosas". Ésta es, pues, la persona del dador. Cuando oímos la palabrita "Dios", debemos pensar que comparados con él, todos los reyes y emperadores con sus dones y con su cortejo no son más que una basura. Tanto debe henchirse nuestro corazón de gozosa reverencia, que hasta los más preciados tesoros de esta tierra nos parezcan diminutos comparados con Dios; tan alta debe ser nuestra estima hacia el Señor.

2. El móvil de la dadivosidad de Dios es su gran amor.

Además: Dios da de una manera que, al igual que su divina majestad, sobrepasa toda medida. Lo que él nos da, no lo da en recompensa de nuestra dignidad, o en ignorancia de nuestra

indignidad, sino de puro amor; él "amó al mundo". Dios, como dador, lo es de todo corazón, e impulsado por su amor divino que no está condicionado por ningún mérito de parte de los hombres. No existe ni en Dios ni en los hombres una virtud más excelsa que el amor. Pues por aquello que se ama, se empeña todo, cuerpo y vida. Por cierto, la paciencia, la castidad, la justicia también son virtudes muy apreciables; sin embargo, parecen poca cosa comparadas con la virtud del amor, que es la suma de todas las demás. El que posee la virtud de la justicia, da a cada cual el premio y la recompensa que por sus méritos le corresponden. Mas a aquel a quien amo, a éste me entrego en forma total: para todo lo que me necesite, me hallará dispuesto. Así, cuando el Señor nuestro Dios nos da algo, lo da no sólo a causa de su paciencia, no sólo por ser el administrador de la justicia, sino a causa de esa virtud suprema que es el amor. Esto debe despertar en los corazones humanos nueva vida, quitar de en medio toda tristeza, y atraer todas las miradas hacia el amor abismal que habita en el corazón de Dios; él, el dador máximo, da impulsado por la más elevada virtud, y esta virtud confiere a la dádiva su carácter tan precioso como don que proviene del amor. Cuando en el don interviene el corazón, se suele decir: "¡Cuánto aprecio este regalo, porque veo que sale del corazón!" No es tanto el regalo en sí lo que tomamos en cuenta sino el afecto con que fue hecho, el "corazón"; esto es lo que le otorga su verdadero valor. Si Dios me hubiera dado un solo ojo, un solo pie, una sola mano, y si yo supiera que esto lo hizo por amor divino y paternal, yo debería decir: Este ojo me es más precioso que mil otros ojos. Asimismo, si tomas conciencia de que Dios te ha obsequiado el bautismo, debes sentirte todos los días como si estuvieras en el reino de los cielos; pues no es tanto el gran prestigio del bautismo lo que nos conmueve, sino el gran amor que Dios nos demuestra con él.

3. La dádiva de Dios es su propio Hijo, y con él nos lo da todo.

Grande es, por lo tanto, el corazón, grande el dador, e inefablemente grande es, en tercer lugar, también la dádiva. ¿Qué nos da Dios? "A su Hijo". ¡Esto sí que se llama dar! ¡No una moneda, o un ojo, o un caballo, o una vaca, o un reino, tampoco el cielo con el sol y todos los astros, ni la creación entera, sino "a su Hijo", que es tan grande como el Padre mismo! El saber esto ha de encender en nuestro corazón una luz, más aún, un fuego, al extremo de hacernos saltar de alegría sin cesar; pues así como es infinito e inefable el dador y su propósito, así lo es también la dádiva. Al darnos a su Hijo, ¿qué retuvo para sí? Junto con su Hijo, él mismo se entrega a nosotros, como lo expresa Pablo en Romanos 8 (v. 32): "Por habernos dado a su propio Hijo, nos da con él todas las cosas." Conforme a estas palabras, tiene que estar incluido todo, llámese como quiera, diablo, muerte, vida, infierno, cielo, pecado, justicia o injusticia, todo tiene que ser nuestro, puesto que nos ha sido dado el Hijo, en quien subsisten todas las cosas. En consecuencia: si creemos en este Hijo y le aceptamos como dádiva de Dios, todas las creaturas, buenas o malas, vivas o muertas, tienen que estar a nuestro servicio. En este sentido dice Pablo en 1ª Corintios 3 (v. 21-23): "Todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, pues vosotros sois de Cristo, Cristo empero es de Dios." En Cristo está comprendido todo. Verdaderamente: ¡qué dádiva es ésta! Si lo piensas bien, no podrás menos que decir: ¿qué es el oro y la plata, la gloria y todas las demás cosas que apetece el hombre, en comparación con este tesoro? Pero ahí está esa maldita incredulidad (de la que Cristo se queja después) y esa terrible ceguedad que hace que si bien oímos estas cosas, no las creemos, y permitimos que palabras tan sublimes y consoladoras nos entren por un oído y salgan por el otro. ¡Cómo se apura la gente cuando se les presenta una buena oportunidad de comprar un palacio o una casa, como si nuestra vida dependiese por entero de tales bienes materiales! Pero aquí donde se nos predica con palabras tan hermosas que Dios nos

ha dado a su Hijo, manifestamos una indolencia que no tiene igual. ¿Quién hace que esta dádiva tan grande se estime tan poco, que no se la grabe en el corazón, y que no se den a Dios las gracias por ella? Es el maligno, el diablo, que tomó posesión de nuestro corazón y que hace que seamos tan duros y tan fríos. Por esto dije que cada mañana tendríamos que levantarnos de la cama con estas palabras y agradecer a Dios por ellas. "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo"; ahí tenemos las tres partes, el dador, su amor y su dádiva, a saber, Jesucristo. Con esto está dado todo.

4. La única condición unida a la dádiva es que la aceptemos.

Pero hay algo más que debemos tomar en cuenta: Dios conceptúa su dádiva no como una paga o una recompensa a que tengamos un derecho, sino realmente como un don. No nos fue prestada, ni hay que pagarla, tampoco se habla de un trueque. Lo único que hay que hacer es extender la mano. (¡Oh Señor, ten piedad de nosotros que somos tan duros para creerlo!) Dios quiere darte su don no sólo para palparlo tímidamente, sino que te lo quiere dar de veras, no como un premio, sino como propiedad tuya. No tienes más que aceptarlo. Pero adivina: ¿Cómo se llama la gente de quienes se dice: "A nadie se le regala nada contra su voluntad"? Supongamos que un príncipe generoso hiciera a un pobre que no tiene dónde caerse muerto la oferta de regalarle un palacio que le reportaría un beneficio anual de 1.000 florines, y este pobre le contestara: No lo quiero. Seguramente, todo el mundo gritaría: "¡Jamás se ha visto un idiota como éste! ¡Qué animal!" Sí, así diría el mundo. Pero aquí se da no sólo un palacio; aquí Dios da a su Hijo, gratuitamente; porque él mismo nos invita: ¡extiende tu mano, tómallo! El papel nuestro es, según la voluntad de Dios, el de recibidores nada más. Y esto no lo queremos. ¡Ahora calcula tú qué pecado más grave es la incredulidad! Resistirse al Señor que nos quiere dar a su Hijo ¡esto ya no es cosa de seres humanos! Pero en esa incapacidad de alegrarse por el don de Dios podéis ver que el mundo entero perdió el juicio y está posesionado por el diablo. No quieren conformarse con ser simples recibidores. Ah, si fuera un florín lo que se nos ofrece, esto sí despertaría alegría general, pero el Hijo de Dios ¡éste no! Tan completamente se halla el mundo en poder del diablo. Ésta es la cuarta parte: lo que Dios nos ofrece, ha de considerarse lisa y llanamente una dádiva: no se nos pide que la consigamos mediante ciertos servicios, ni que la paguemos.

5. El destinatario y receptor de la dádiva de Dios es el mundo pecador.

En nuestro cuadro figura también el receptor: el mundo. Receptor abominable, me parece, indeciblemente abominable. ¿Con qué lo ha merecido? ¿Acaso el mundo no es la novia de Satanás y el enemigo de Dios y su más grande blasfemador? El mayor enemigo de nuestro Dios es el diablo; pero el segundo somos nosotros, que sin Cristo somos hijos del diablo. Pues bien: así como has tomado conciencia de lo que es Dios, y el Hijo de Dios, y de cómo este Hijo es la dádiva de Dios, graba ahora también en tu corazón la imagen fiel de lo que es el mundo. El mundo no es otra cosa que una masa de hombres que no creen en Dios, que le tienen por mentiroso, que blasfeman de su santo nombre, que desprecian su palabra, que desobedecen al padre y a la madre, que cometen adulterio, que calumnian y hurtan y practican toda suerte de otras maldades. Salta a la vista que en el mundo imperan la infidelidad, la blasfemia y cuanto vicio más pueda enumerarse. Y a esta amada novia e hija, que es enemiga de Dios, él le da a su Hijo. He aquí otro factor que da realce a la dádiva: que nuestro Dios y Señor no se aparta asqueado de este mundo ruin, sino que traga de un solo sorbo todas las iniquidades de los hom-

bres: las blasfemias que profieren contra su nombre, y la trasgresión de todos sus mandamientos. A pesar de toda su grandeza como dador, Dios realmente debiera sentir una profunda repugnancia ante el mundo y su maldad, puesto que los pecados del mundo no tienen número. Y sin embargo, Dios vence la maldad y borra los pecados contra la primera y la segunda tabla de la ley⁶ y ya no quiere saber más nada de ellos. ¿No se habría de tener amor y confianza hacia Aquel que quita los pecados y ama al mundo con todas sus transgresiones? ¡Y cuan innumerables son éstas! No hay hombre que pueda contar sus propios pecados; ¿quién podría contar los del mundo entero? Y no obstante, el Evangelio nos dice que Dios ha dado a su Hijo "al mundo". No puede entonces caber la menor duda: si Dios ama al mundo que blasfema de él, la remisión de los pecados tiene que ser una realidad incontrovertible. Si Dios puede dar al mundo, que es su enemigo, una dádiva tan grande, más aún: si él mismo se entrega al mundo, ¿cómo puede él odiar al mundo? ¿Qué corazón no habría de llenarse de regocijo ante el hecho de que Dios mismo interviene en la miseria humana y da a su amado Hijo a los hombres malhechores? ¡Qué malhechor fui, por ejemplo, yo mismo, que durante años leí misa y crucifiqué a Cristo y practiqué todas las idolatrías propias de la vida monástica! Y a pesar de haberle ofendido tanto, me condujo al conocimiento de su Hijo y de sí mismo; tal es su amor hacia mí, su creatura pecaminosa, que ya no se acuerda de todo el mal que le hice. ¡Oh Señor Dios, qué hombre ha de ser aquel que en vista de todo esto aún persiste en su ingratitud! Gozo, indecible gozo debiera llenarnos, y gustosamente debiéramos no sólo servirle, sino también sufrirlo todo, y reírnos cuandouviéramos que morir por causa de él, nuestro amoroso Padre que nos ha dado un tesoro tal. ¿No habría yo de sufrir gustosamente incluso la muerte en la hoguera como fiel testigo de mi Señor, si esta fe me anima? Si esto no sucede, si este gozo no se produce, démosle las gracias por ello a nuestra incredulidad que nos frena. Así, pues, hemos visto lo grande que es todo esto: el dador, su amor, su dádiva, el recibirla, y también la persona receptora.

6. La finalidad de la dádiva de Dios es la salvación de la muerte, y la vida eterna.

Sigue ahora el propósito último del dador divino. ¿Qué es su intención al darnos su dádiva? No me la da para que yo coma o beba de ella, sino para que tenga de ella el mayor de los provechos. No la quiere dar como una simple dote, así como tampoco nos da el bautismo y la santa cena como partes de una dote. Antes bien, la finalidad es que "todo aquel que en él cree, no perezca, mas tenga vida eterna". No se trata de que él me dé un reino o el mundo entero; lo que quiere darme es que yo esté libre del infierno y de la muerte, libre del peligro de perderme para siempre. Ésta es la misión que el Hijo ha de cumplir: el diablo tiene que ser devorado, el infierno extinguido, y yo sacado de la interminable miseria. Tal ha de ser el efecto de la dádiva: debe echar llave a las puertas del infierno, y convertir un corazón débil en un corazón fuerte y confiado; y no sólo esto, sino que debe crear vida, y vida perdurable. ¡Esto sí que se llama una dádiva! Quien quiera que su corazón rebose de alegría —aquí hallará motivo más que suficiente para ello—; pues en estas palabras del Evangelio se nos promete una vida eterna donde ya no se verá la muerte, donde habrá plenitud de gozo y donde experimentaremos la más amplia certeza de tener un Dios lleno de misericordia y gracia. Por esta razón, lo que aquí se nos dice son palabras en cuyas profundidades nadie logra penetrar completamente. Día a día se las debe pronunciar en oración y con el ruego de que el Espíritu Santo nos las inscriba en el corazón con letras indelebles. Y este mismo Espíritu haga entonces de nosotros un buen teólogo, uno que sepa hablar de Cristo, discernir toda doctrina y sufrir con paciencia todo lo que Dios le imponga. Pero si dejamos pasar de largo estas palabras con un bostezo, tampoco podrán tener efecto duradero, y el corazón queda tal como estaba antes. Este estado de cosas siempre de nuevo da lugar a tristes

reflexiones; aquellos empero que tan despreocupadamente dejaron que estas palabras se perdieran a lo lejos, lo lamentarán en el infierno.

La fe es la mano que se apropia la dádiva de la vida eterna.

¿Cuál es ahora la manera como me puedo apropiiar esta dádiva? ¿Cuál la bolsa, el arca en que se puede depositar este tesoro? Es la fe, a saber, la fe con que se cree; ésta hace que abramos las manos y la bolsa. Pues así como Dios es el dador por medio del amor, nosotros somos los receptores por medio de la fe. No tienes que mereértelo mediante una vida monástica. Tus propias obras nada tienen que ver en este asunto. Lo único que debe importarte es que te lo dejes dar; en otras palabras: que mantengas la boca abierta. Yo no tengo que hacer nada: simplemente, quedar quieto, y esperar a que me pongan la comida en la boca, por así decirlo. De esta manera el don es dado por amor y recibido por fe. Si crees esto: "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna", entonces con toda seguridad eres salvo y bienaventurado; porque el don es demasiado grande como para que pueda dudarse de su capacidad de tragar la muerte. Como si echaras una gotita de agua en las llamas de un horno, así es el pecado de todo el mundo comparado con esta dádiva. Ni bien el pecado entra en contacto con Cristo, ya queda también extinguido, como se extingue una chispita en una brizna de paja al caer ésta en el mar. Mas esto sucede sólo cuando uno se apropia este tesoro mediante la fe y pone en Cristo toda su confianza. Esto es lo que nos quiere decir el texto: "De tal manera amó Dios al mundo". ¡Palabras áureas, palabras de vida, quiera Dios que podamos captarlas! Pues al que piensa en estas palabras, ningún diablo le puede asustar; tiene que tener el corazón lleno de alegría y decir: "Tengo a tu Hijo, y como testigo me has dado además el evangelio, es decir, tu propia palabra. Ya no hay engaño posible. Lo creo, Señor, y sé que más no tengo que hacer. O si dudo, concédeme tu gracia para que lo crea." Así pues aprenda cada cual a creer con más y más firmeza; porque el creer es indispensable para recibir. Y de esta manera el hombre llega a ser alegre y feliz, de modo que con gusto lo hará todo y lo padecerá todo, porque sabe que tiene un Dios que le es propicio.

8. Esta dádiva está destinada a cada hombre en particular.

"Muy bien", me dirás; "esto lo podría comprender si yo fuese Pedro o Pablo o María. Aquéllas fueron personas santas; a ellos sí creo que les fue dado ese don. Pero ¿cómo puedo saber que me fue dado también a mí? Yo soy un pecador; yo no merezco tal cosa." ¿Por qué no te fijas en las palabras que dicen a quién Dios ha dado a su Hijo? ¡Al mundo! Pero el mundo no es Pedro y Pablo, sino todo cuanto tiene naturaleza humana. Y bien, ¿crees tú que eres un ser humano? ¡Tómame por la nariz, a ver si no eres hombre como cualquier otro! ¿En qué estamos, pues? ¿No dice el texto que el Hijo ha sido dado al mundo? Por consiguiente, todos los que son personas humanas, deben apropiarse el don que Dios ofrece. Pensar que tú y yo quedamos excluidos, es anular toda la dádiva: porque a ti es a quien importa, tú eres un ser humano y por ende una parte del mundo. Dios ha dado a su Hijo no al diablo, o a los perros, etcétera, sino a los hombres. Por eso no hay que poner en dudas la veracidad de Dios diciendo: "¿Quién sabe si me lo ha dado a mí?" Esto significa hacer de nuestro Señor y Dios un mentiroso. ¡Hazte cruces para que tales pensamientos no te engañen ni se aniden en tu pecho! Di más bien: "¡Qué me importa que yo no sea Pedro ni Pablo! Si Dios hubiese querido dar su dádiva a quienes son dignos de ella, se la habría dado a los ángeles, o al sol, o a la luna. Éstos habrían sido limpios y puros. Pero ¿qué era David? Un pecador, lo mismo que también los apóstoles." Por eso, nadie debe ceder al

argumento: "Yo soy pecador; por lo tanto no soy digno de la dádiva de Dios, como lo es un Pedro". Al contrario, así es como debes pensar: "Sea yo lo que fuere, de ningún modo debo hacer de Dios un mentiroso. Yo pertenezco al 'mundo' que él amó. Y si no me apropiara la dádiva de Dios al mundo, añadiría a todos los demás pecados aun éste de culpar a Dios de mentiroso." Me objetarás: "¿Cómo puedo pretender que Dios esté pensando sólo en mí?" No; Dios está pensando en todos los hombres en general; por esto mismo no puedo sino tener la plena certeza de que no excluye a ninguno. Pero si alguien se considera excluido, él mismo tendrá que dar cuenta de ello. Yo no quiero juzgarlos, pero su propia boca los juzgará por no haberlo aceptado.

Y aquí pongámosle punto final a la exposición de estas palabras. Son un mensaje hermosísimo que jamás se terminará de aprender. Es el texto básico que nos describe a Cristo, y que nos dice qué posee el cristiano, qué es el mundo, y qué es Dios. Invoquemos al Señor para que lo podamos creer firmemente, tomarlo como consuelo en sufrimientos y muerte, y por fin llegar a la bienaventuranza eterna. Él nos lo conceda por su gracia. Amén.

www.escriturayverdad.cl

**SE TERMINÓ DE TRANSFORMAR A FORMATO DIGITAL POR
ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA, 27 DE FEBRERO DE 2007.**